

¿DESDE EL SUFRIMIENTO ENCONTRARSE CON DIOS?

En la vida humana el mal –en todas sus formas- es una realidad. Aceptar esa realidad -no rebelarse contra ella- resulta razonable. Equivale a aceptar la limitación –la contingencia- de la existencia humana. Y, sin embargo, aun aceptado como una realidad, el mal no deja de ser un problema. Sobre todo para el creyente. El dilema «Si existe el mal, o Dios no es todopoderoso o no es bueno» ha atormentado a no pocos filósofos y teólogos y a multitud de creyentes. Selecciones condensó un interesante artículo de Torres Queiruga sobre dicho problema (ST 149, 1999, 18-28). Juan A. Estrada ha publicado en el libro La imposible teodicea. La crisis de la fe en Dios (Madrid 1997) un profundo estudio sobre el tema del que en el presente artículo presenta la líneas maestras.

¿Desde el sufrimiento encontrarse con Dios?, Communio 32 (1999) 103-115.

¿Por qué Dios lo ha permitido? Ésta es la pregunta que surge ante el mal y en especial ante el sufrimiento humano. O Dios no puede evitar el sufrimiento que permite y entonces no es omnipotente o bien puede evitarlo, pero no quiere, y entonces ¿cómo puede decirse que es bueno? Esta disyuntiva es la roca fuerte de la increencia. ¿Cómo hacerla compatible con Dios?

La pregunta ha preocupado a la teología judía y cristiana a lo largo de los siglos. Pese a haberse ensayado diversas soluciones, el problema más que aclararse se ha agravado. Pues se han creado imágenes de Dios que lo han complicado. En buena parte, el ateísmo es una reacción humanista ante esas imágenes. Más vale no creer en Dios que aceptar concepciones que cuestionan su bondad y/o su omnipotencia.

Veamos cuáles son esas imágenes, cómo, con toda razón, el ateísmo protesta contra ellas y cuál ha de ser la auténtica respuesta cristiana al problema del mal.

Dimensiones de la experiencia del mal

Hay que clarificar qué entendemos por mal. Existen tres clases o maneras de entender el mal, que responden a experiencias humanas:

1. *El mal físico*, o sea, el mal causado por las leyes naturales y que producen dolor o sufrimiento en el ser humano. Así, los desastres naturales, la enfermedad, los accidentes, el desgaste físico, etc. Ante muchos de esos males nos sentimos impotentes. Reaccionamos resignándonos o dando gracias a Dios por habernos librado de ellos. Pero ¿y las

víctimas que no han podido escapar de ese mal? No son ni peores ni mejores que nosotros y, no obstante, no se han librado.

2. *El mal moral*: el que resulta de la acción humana y la maldad. El ser humano es el animal más destructor que conocemos, capaz de lo mejor y de lo peor. Parece que al bueno las cosas le van mal y que, en cambio, el malvado triunfa. La pregunta surge: ¿dónde está Dios? Y no hay respuesta.

3. *El mal metafísico*, es decir, la imperfección de la creación, de las leyes naturales y de la vida humana, que culmina en la muerte. Si, para algunos, la muerte podría ser considerada como una liberación, en realidad es un mal potencial para todos. Si se vive una vida llena de gratificaciones, la muerte es anti-vida, sobre todo porque acaba con las relaciones interpersonales. ¿Qué queda de tanto amor que ha dado sentido a nuestra vida, de personas que han enriquecido nuestra vida? La muerte rompe nuestras vinculaciones y nos vence siempre. Y si la vida ha sido malograda y sin sentido todavía es peor. Porque ya no habría más que esperar: la vida, vivida como un infierno, quedaría absolutizada para siempre. Hubiera sido mejor no haber vivido. Estamos condenados a morir, pero nos rebelamos. Somos unos seres finitos ansiosos de infinitud, unos seres mortales sedientos de inmortalidad. Somos humanos, pero buscamos a Dios. Y Dios y el mal son incompatibles. La muerte es el último enemigo.

Experimentamos todas estas dimensiones del mal y nos rebe-

lamos contra ellas. Nos negamos a aceptar que el mal físico y moral y que la finitud o contingencia sean lo último. Percibimos que triunfan la injusticia, la mentira, el mal. Pero nos aferramos a la vida, a la justicia y al bien. ¿Cómo mantener la fe y la esperanza, cuando experimentamos el mal?

Algunas respuestas tradicionales

La tradición bíblica parte de una concepción providencialista de Dios. Todo proviene de Dios: el bien y el mal. De ahí surge la teoría de la retribución: Dios premia a los buenos y castiga a los malos. Según esto, al bueno debería irle bien y al malo, mal. Pero no es así: la experiencia muestra lo contrario. El libro de Job pone de manifiesto esa teología que los hechos desmienten. Los amigos de Job son los representantes de esa teología que ofrece respuestas inaceptables a preguntas inevitables. Repiten: ¡has pecado y Dios te castiga! Y esto sin tener el menor indicio de ese pecado. ¡Cuántas veces hace lo mismo la teología!

Los amigos de Job se equivocan por partida doble: pretenden salvar a Dios a costa de Job. Pero Job no acepta el planteamiento. Apela al mismo Dios. Y Dios le da la razón. No necesita que haya quien, para defenderle, se cargue al hombre. Esto hay teologías que, como los amigos de Job, no lo han aprendido. Y hay una segunda equivocación: detrás de cada sufrimiento hay un pecado que satisfacer. Esto sucede también en

la experiencia humana. Todo el mundo busca un culpable a quien responsabilizar de lo que sucede. No se les ocurre que acaso nadie tenga la culpa.

La teología cristiana dio continuidad al esquema pecado-castigo con el pecado original. San Agustín hizo del mito de Adán y Eva una historia real: historicizó el mito. Y mitificó la historia: hizo de ella una serie de castigos por el pecado de nuestros primeros padres. El mal sería, pues, una consecuencia del pecado. Al hacer responsable al ser humano de los males que acontecían salvó teóricamente la justicia de Dios. Pero agravó el sufrimiento al añadirle la culpa. En el fondo se mantiene un Dios inmisericorde que castiga el pecado de los padres en los hijos. ¿Cómo hablar de misericordia con un Dios tan obstinado en su revancha? La teología del pecado original debe ser replanteada.

El problema se agravó con la cristología de la satisfacción de San Anselmo. La diferencia infinita entre Dios y el hombre hace que éste no sea capaz de satisfacer ni reparar la ofensa hecha a Dios. La encarnación del Hijo de Dios obedece a la doble exigencia del honor ofendido que exige reparación y de la incapacidad humana para satisfacer. Con su muerte en cruz, el Dios encarnado paga la deuda.

Textos aislados de Pablo y de la carta a los Hebreos sirvieron para justificar esa concepción teológica de un Dios que sólo se aplaca con sacrificios. De ahí una religión basada en el sacrificio y

la expiación. Abraham es exaltado porque está dispuesto a sacrificar a su hijo y no por abrirse en la fe a la revelación de un Dios que no quiere sacrificios. Para estas teologías, el cristianismo es, ante todo, una religión de sacrificios y obediencias, hasta llegar a la obediencia del entendimiento: aceptar lo que ni vemos ni entendemos cuando lo dicen los representantes de Dios. Es el triunfo del *credo quia absurdum* (creo porque es absurdo) de Tertuliano. Es contra esa imagen de Dios contra la que ha protestado el ateísmo.

Otra vía de salida fue la racionalista. Se echó mano de la definición agustiniana del mal como ausencia de bien. Es una verdad a medias, que, en todo caso, sirve de poco cuando el mal es experiencia concreta. Es verdad que un mundo creado no puede ser perfecto. Y tienen razón los que defienden la autonomía de la creación contra el intervencionismo divino, que violaría la obra de la creación. Pero las preguntas permanecen.

Para los cristianos, la creación tiene un sentido. No es fruto del azar, sino de la providencia divina. Y está al servicio del ser humano. Pero ¿no podía la creación ser menos mala? ¿no podría haber menos sufrimiento en una creación diferente? No sabemos cómo puede ser un mundo perfecto. Pero conocemos imperfecciones evitables, para que fuera menos malo. El mundo en que vivimos se nos antoja incompatible con un Dios poderoso y que ama al ser humano. Surgen preguntas que alcanzan al mismo

Dios. Nos preguntamos por el origen y significado del bien y del mal y buscamos hacer compatibles a Dios y al sufrimiento humano. Hemos de reconocer que la religión no tiene respuestas para todas las preguntas. No comprendemos por qué hay *tanto* sufrimiento ni entendemos por qué tarda *tanto* el Mesías en volver para acabar con el mal. No comprendemos, pero no nos resignamos. Es toda la creación la que gime esperando la redención final (Rm 8,22).

La racionalidad del ateísmo

La consecuencia que el ateísmo saca es la siguiente: olvidémosnos de ese Dios y concentrémosnos en el hombre. El malestar que produce una creación con mal lleva al rechazo de un Dios creador y providente. El ateísmo defiende aquí la dignidad humana contra un Dios malo indiferente y vengativo. Prefiere optar por el hombre –finito y ambiguo– pero capaz de bien: hay que concentrarse en luchar contra el mal y no teorizar sobre él. En «La peste» de Camus, el médico que lucha contra la peste es el auténtico redentor, y no el sacerdote que reza, acepta y calla.

La lucha contra el mal es lo único válido de la religión. Se trata de luchar y de transformar. Sólo así puede la religión ser aceptada por el ateo como un humanismo extrapolado, válido en cuanto suscita la protesta contra el dolor y lleva a combatirlo. De ahí, «El ateísmo del cristianismo» que propugnaba Bloch: la exaltación

del héroe rojo que muere por la humanidad futura, sin esperar redención alguna. Hay grandeza en esa solidaridad que se basa en la dignidad del hombre, querida por sí misma. La teología ha estado ciega en no ver que ese ateísmo es un humanismo y que hay en él un compromiso envidiable para muchos creyentes, más rezadores que luchadores contra el mal. El rezo puede ser una coartada para la falta de compromiso.

Sin embargo, también ese humanismo debe ser consciente de sus límites. Hay que rechazar filosofías de la historia que defienden el sentido del progreso y de las luchas políticas como respuestas válidas al problema del mal. La historia carece de sentido en sí misma. El progreso es ambiguo y el bienestar futuro no puede responder a la pregunta que surge de Auschwitz, de Hiroshima o de la conquista colonial. No hay futuro para las generaciones que fueron exterminadas en la historia. Si no hay Dios, nadie puede ocupar su lugar y permanece el sin sentido de la vida de tanta gente que no tiene nada ni nadie en quien esperar. Hay que asumir el luto por los vencidos de la historia, tomar distancia de un progreso que es promesa y amenaza a la vez. En última instancia, el hombre sería una pasión inútil, un deseo imposible de ser Dios, de amar más allá de la muerte y de reivindicar justicia ante tantas víctimas inocentes.

Algunos, como Horkheimer, dan un paso más. Ante tanto mal, no podemos afirmar a Dios, pero

tenemos que vivir como si existiera. Para que no triunfe el verdugo sobre la víctima, para que no desfallezcamos en la lucha contra el mal, hemos de vivir como si Dios existiera. No podemos afirmarlo, pero sí desearlo, esperarlo y buscarlo. Abiertos al deseo, pero sensibles a la impugnación, viendo el sentido de la fe, pero sin caer en el dogmatismo de la creencia; receptivos a la duda, pero aferrándonos a una esperanza en Dios que nos permite crecer y vivir, y nos mantiene vigilantes contra el mal. Ese talante humanista es el que impide que la religión se convierta en un sistema cerrado. El fanatismo no es sólo posible en la religión. Hay que dejarse inquietar por «el otro», sin aferrarse a unas convicciones inasequibles a la duda y a la pregunta. Precisamente la experiencia del mal cuestiona todas las creencias. Es la pregunta que desborda y que debe abrirnos a los otros. El ateísmo que dialoga con la religión y viceversa es el que tiene más futuro.

De la teodicea a la lucha cristiana contra el mal

¿Por qué es el mundo como es? ¿Por qué hay tanto mal? ¿Cuál es su origen y significado? El cristianismo no tiene respuestas convincentes a estas preguntas. El cristianismo no pretende tanto satisfacer nuestra curiosidad cuanto ofrecernos medios para afrontar el mal. La pregunta de Lutero «Cómo encontrar a un Dios que pueda salvarme» es constitutiva del creyente. Lo que

busca el cristianismo es salvación, fortaleza, alternativas al mal y no clarificaciones teóricas, por importantes que sean.

Es en este contexto en el que se enmarca el anuncio de la llegada del Reino por parte de Jesús. Está en línea con la expectativa mesiánica judía de un tiempo en el que no rija el *homo homini lupus* (el hombre es un lobo para el otro hombre) para vivir una fraternidad humana de dimensiones cósmicas. La promesa de salvación es la otra cara de la experiencia del mal. Es también una forma de afrontarla y superarla.

Jesús es el enviado de Dios como el anti-mal por excelencia que irrumpe en la historia. El anuncio a los pobres y pecadores es el reverso de la denuncia de aquella religión que antepone las leyes religiosas a la salvación del hombre. Hay que luchar contra el mal en sus diversas manifestaciones: corporales y espirituales, personales y colectivas, puntuales y estructurales. En Jesús no hay la menor legitimación del mal. Rechaza el esquema culpa-castigo. A diferencia de otros escritos bíblicos, no hace alusión alguna al mal como prueba. Para él, Dios se alegra cuando el mal es vencido. Su vida es una lucha continua contra el mal integral. No quiere salvar almas, sino personas.

Y, sin embargo, el mal alcanza la historia de Jesús, que se integra en la de los vencidos. Jesús pasó haciendo el bien, pero acabó mal. Dios no hace nada para evitar el trágico fin de Jesús. El grito desesperado «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» y

el silencio de Dios hay que tomarlos en serio. Dios no hace nada, no interviene, deja a Jesús afrontar en solitario su destino. Está solo ante Dios, él mismo y los demás.

El cristianismo no evade la problemática del mal, sino que la radicaliza. El mensaje de la cruz es claro: el que pretenda relacionarse con un Dios que le evite el mal en la vida, que «le saque las castañas del fuego», debe buscarlo en otro lado. Estamos solos. Somos los agentes de la historia, sin que podamos esperar intervenciones divinas que conjuren el mal. Se acabó el Dios intervencionista que milagrosamente rompe las leyes de la naturaleza y de la historia para amparar a sus protegidos. La relación con Dios no sirve directamente para evitar el mal. Al contrario, el que viva y actúe como Jesús tendrá que afrontar un mal suplementario, ya que habrá quien, como en el caso de Jesús, lo inmolará creyendo dar gloria a Dios.

Aunque haya personas que rompen con Dios cuando acontece una desgracia, lo cierto es que el Dios cristiano no sirve para evitar el mal. En el caso de Jesús, lo novedoso no es el mal –la cruz-, sino la forma de abordarlo. El sufrimiento no le deshumaniza ni endurece. Muere como vivió: perdonando a los que le hicieron el mal, alentando al buen ladrón y preocupándose del futuro de su madre. El «Jesús para los demás» que nos presentan los Evangelios es coherente en la vida y en la muerte. Murió como vivió, haciendo del mal una experiencia

enternecedora, que suscita solidaridad y cercanía, en lugar de amargura, crispación interna y despecho.

Respecto de Dios, no hay acusación. A diferencia de Job, no le emplaza. Expresa su abandono. Deja sentir su miedo al dolor y pide que se evite («pase de mí este caliz»). Pero acaba aceptándolo («En tus manos encomiendo mi espíritu»). Nunca sabremos cuáles fueron sus vivencias más íntimas. Sólo nos quedan los testimonios de cada tradición, que nos permiten captar hasta qué grado experimentó el dolor y confió en Dios. Nunca el hombre ha sido más imagen y semejanza divina que en el crucificado fiándose de un Dios ausente.

Ni sabe ni comprende. No duda de que Dios es amor. Se fía de él. Su fe es la del hombre que, sin esperar nada material del creador, sigue afirmándolo y esperando. No existe la búsqueda de un Dios milagrero al servicio de las expectativas humanas. Es la fe pura, gratuita, cimentada sólo en la convicción del amor divino, presente en la experiencia del mal. No encontraremos mayor gratuidad en la relación con Dios ni mayor trascendencia, ya que no hay aquí utilitarismo alguno, sino fe, esperanza y amor.

Aquí se encaran la locura de la fe y la racionalidad del ateísmo. ¿No es insensato seguir esperando y creyendo en un Dios que no aparece? Es la pregunta del no creyente al que tiene fe. Tampoco aquí es posible una fe que no se deje interpelar, que no deje el menor margen a la duda. Ya no se

trata de «los mínimos» de la respuesta atea, sino de «los máximos» de una entrega que raya en la locura. Y en este contexto irrumpen los discípulos afirmando que Dios ha resucitado a Jesús, es decir, que Dios estaba con él. La resurrección aparece como el comienzo de la nueva creación. Ya no es la muerte lo último para la vida humana. Es posible esperar. Es un triunfo contra el mal, cuando éste había incuestionablemente vencido. La dignidad del hombre se afirma ahora más allá de la misma muerte. Es posible la esperanza para las víctimas de la historia. Hay que perder el miedo a la muerte. Y vivir y morir como Jesús.

Naturalmente, es una afirmación impugnada. Afirma demasiado. Y está en juego el sentido mismo de la historia y el valor de la vida humana. De ahí que, ya desde el mismo anuncio de la resurrección, surgiesen dudas y resistencias entre los mismos discípulos de Jesús. Es normal. Lo ilógico es que esta fe se haya mantenido, que perdure a través de los siglos y que siga conservando un gran poder de fascinación y plausibilidad. Es Jesús el que la hace convincente. No sabemos si Dios existe, aunque lo creemos.

En todo caso, hombres como Jesús lo hacen necesario. Jesús y los que viven como él merecen que Dios exista. Si Dios existe, es bueno y es omnipotente. Hay coherencia entre un Jesús afirmando a Dios sin pedir nada a cambio y el anuncio de un Dios que resucita a los que mueren así. Pero las preguntas permanecen. Sigue habiendo dolor, injusticia y muerte. El mal sigue siendo un enigma. Lo que queda claro es que Dios no quiere el mal ni lo permite ni lo usa para castigarnos.

El mal es lo que no debe ser. De ahí que la respuesta más auténtica sea la lucha contra el mal. Ciertamente para ello no hace falta ser creyente. Basta la dignidad humana y la solidaridad con los que sufren. Y esto es común a cristianos y ateos. No obstante, el cristianismo ofrece motivos para luchar y para esperar más allá de la muerte. Es mucho y poco. Pero es la propuesta de una religión mayor de edad, que nunca quita el protagonismo al hombre para dárselo a Dios. La gloria de Dios es la vida del hombre. Y la felicidad humana es tener experiencias de Dios, a pesar del mal. Esta es la propuesta cristiana, su interpelación al humanismo ateo, compañero inseparable de viaje.

Condensó: JORDI CASTILLERO

El bien viaja a paso de tortuga. Quienes quieren hacer el bien no son egoístas ni se apresuran, saben que inculcar el bien a los demás requiere tiempo.

MAHATMA GANDHI